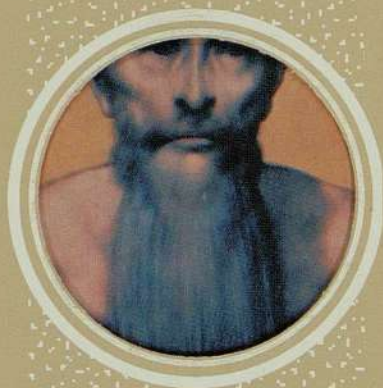


Maitines

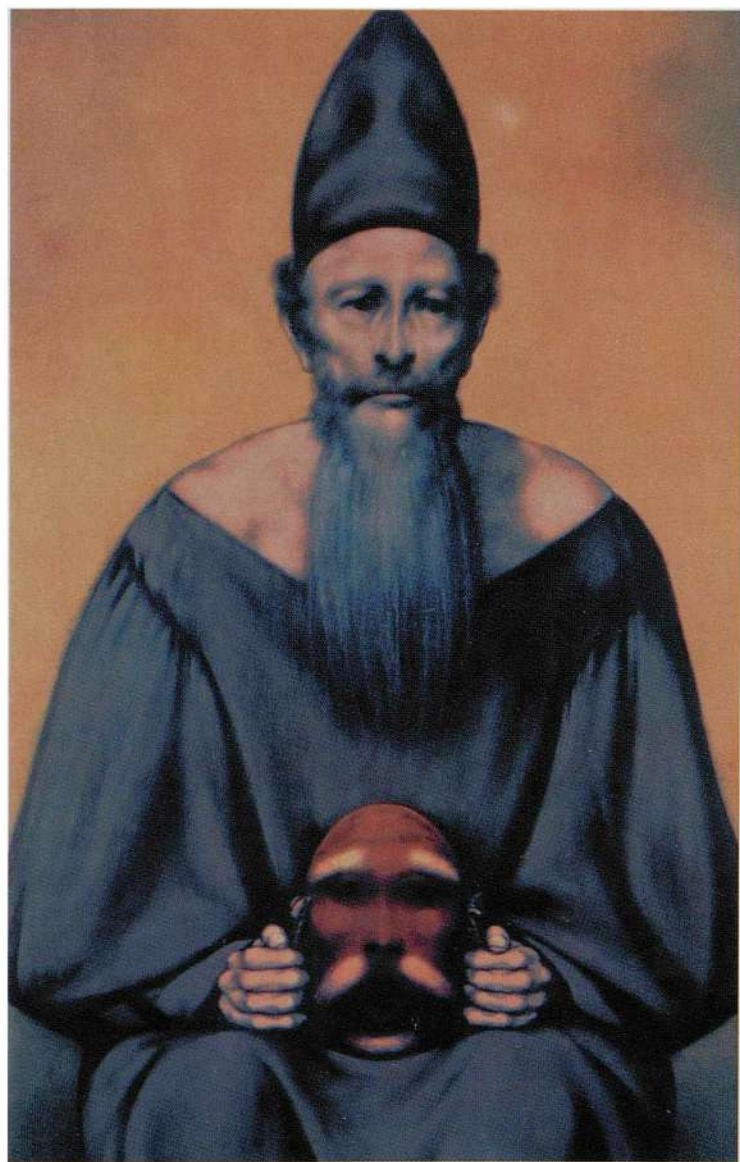


Francisco Magaña

ict

MANTIS EDITORES





Maitines

Este libro fue escrito gracias a una beca del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en el periodo 1996-1997.

Maitines obtuvo el premio Tabasco de poesía “José Carlos Becerra” 1999, convocado por el Gobierno del Estado de Tabasco, a través del Instituto de Cultura de Tabasco, y por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través de la Coordinación Nacional de Desarrollo Regional Cultural. El jurado estuvo integrado por Carmen de Mora, Ciprián Cabrera Jasso y Miguel Ángel Ruiz Magdonel.

Francisco Magaña

Maitines



ict

MANTIS EDITORES

A stylized black silhouette of a mantis, positioned between the words "MANTIS" and "EDITORES".

Coordinación editorial: Luis Armenta Malpica
Luis Alfonso S. Higareda
Consejo editorial: Rafael Galeana
Miguel García Ascencio
Gabriel Martín Quiroz
Patricia Medina
Cuitláhuac Quiroga
Alejandro Silva Márquez
Diseño de portada: Fabiola Saborío del Villar
Diagramación: Luis Armenta Malpica
Fotografía del autor: Álvaro Córdova Domínguez
Ilustraciones: Pedro Coronel
Portada: "Moro en reposo", acrílico/tela
Interiores: "Morisma V", acrílico/tela
"La hija del cristiano" (detalle), acrílico/tela
"El halconcito" (detalle), acrílico/tela
Material proporcionado por la galería Vértice, de Luis García Jasso

Primera edición: 2000

D.R. © 2000. Francisco Magaña

D.R. © 2000. Mantis editores

Asociación de Autores de Occidente, S. de A. de I.P.

Gral. Marcelino García Barragán 1501, I-302, fraccionamiento Bosques del Bulevar. C.P. 45500, Tlaquepaque, Jal.

Teléfono y fax: (3) 657 7864

Correo electrónico: mantis@micronet.com.mx

Página web: <http://www.mantiseditores.com>

D.R. © 2000. Instituto de Cultura de Tabasco

Sánchez Magallanes s/n, fraccionamiento Portal del agua

C.P. 86000, Villahermosa, Tabasco

Tels. (93) 12 9166 y 12 7497 (fax)

ISBN 968-7859-11-3 (Mantis editores)

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRÓLOGO

Antes del amanecer, antes de que la claridad toque la luz en los hombres y provea sus terredades. Cuando silencio y sombra (amantes vulnerables) se destejen. Antes de que la bóveda nocturna apague sus misterios, y sean los hombres el pan común de cada día. Antes, a fuego lento, pacientes, algunos velan la llama donde el mundo trasluce su verdad.

Maitines, de Francisco Magaña, tiene la fe inequívoca de quien vuelve al día a compartir su canto, la voluntad de conquista interior conque el poeta asume su oficio y se adentra en la condición humana; en el caso de Magaña, rica en búsqueda, vasta en reflexión y sumamente ligada al espíritu. Su experiencia monacal, desde poemas anteriores a este libro, habla de la búsqueda de lo divino, y, en este transcurrir, de sus revelaciones e interrogantes; de la conformación del ser: las coordenadas cambian en el espíritu del hombre; se sabe en dónde está “por una bandada de palomas que amanecen bailando en la conciencia”; también por sangre y fuego sabe Francisco Magaña de la existencia, de la memoria y su retablo.

Maitines contiene en sus poemas un soplo vital impulsado por la contemplación, el debatir de luz y sombra a traspiel, enfatizado por la condición mortal; luego, sus consecuencias: “Asumir las huellas de Dios como el hombre que celebra una palabra no dicha, un peligro y un silencio inmortal...”

Desde la inquietud del desasosiego y hasta la serenidad de la reflexión, cada uno de los diez apartados de este libro afirman su correspondencia con la percepción del paisaje, con sus elementos y con la resonancia de cada uno como experiencia del proceso poético que, en más de un sentido, condiciona la escritura y la visión del poeta: "El sueño de la estrella es una manzana/ que es un árbol que se piensa".

Francisco Magaña posee el deslumbramiento y la inspiración, pero también la tradición, que, en ocasiones, desde la intertextualidad, concentra o deslinda su poesía de la mística, para emprender la creación hacia un sentido realista y personal, donde cada poema es llama que aguarda el nuevo día.

Luis Alfonso S. Higareda

*Para el padre Gerardo Albarrán,
para el monje Antonio Teixidor*

MAITINES m. pl. (del latín *matutinus*, de la mañana).
Una de las horas canónicas que se reza antes del amanecer.

Memoria del retablo



*Ha llegado el beso que en la mejilla enciende
veladoras.*

El adversario con su palabra de granito.

La hiel con sus alas desplegadas

y el sabor de la almendra ante el sepulcro.

Ha llegado la criatura

que vuela confundida frente a las llamas.

Y el vocablo que nos acerca a los demás.

Y el tiempo de las preguntas.

Atrio



La sangre acorralada es el momento en que el incendio abre las puertas

Hay un monasterio en la parte más alta de la montaña. Si se quiere alcanzarlo hay que ignorar a las hormigas que descansan en los ojos del moribundo, a los árboles que conservan una astilla ensangrentada y al viento más violeta que el quejido de los hospitales. Para abandonarlo, solo hay que cerrar los ojos en noches de luna llena. Una vez que se ha mirado, se dibuja en la conciencia un ángel acechando la palabra.

A veces el postulante se despierta con una rama de olivo entre las manos.

Mira rostros desesperados, cuerpos convulsos en el cieno. Y escucha canciones que lo regresan a la infancia.

Pero también puede ser que despierte convertido en una paloma volando a ras del suelo.

De día el monasterio es un conjunto simétrico de celdas flotando en el abismo. Más tarde se incendia el jade que se aviva con las primeras lluvias de la madrugada. Entonces la mirada es una fiesta.

Cuando un discípulo preguntó, después de un tiempo prolongado de penitencias, por el camino de Dios, su guía lo condujo a medianoche a un monasterio. Con golpes en la puerta interrumpieron el sueño de los monjes, que despertaron furiosos ante el escándalo y propinaron a los insolentes una paliza que habrían de recordar toda su vida.

—¿Y cuándo voy a conocer la gracia de Dios?
—preguntó el discípulo.

—Esta es la gracia de Dios.

La primera vez que fue al monasterio, permaneció el tiempo que dura una necesidad.

Cuando volvió, después de años, le abrió la puerta el mismo hospedero.

—Hermano, qué bueno que estás de vuelta —le dijo.

—Ruega a Dios que esta vez sea para siempre.

—Eso es lo que he estado haciendo desde que te fuiste.

Por el libro *Amant des oiseaux* (1136), del monje Claraval, se sabe que el monasterio fue construido por un emperador ciego en obediencia a su consejero espiritual. Cuando el espíritu del mandatario olvidaba la nostalgia de sus ojos, veía con claridad en el corazón de los hombres. Entonces volvía a llorar.

Los rostros de los monjes son semejantes entre sí. Sus cuerpos son el aliento de las veladoras. En sus miradas puede observarse el tiempo de nuestros antepasados y un árbol que paciente comparte sus fulgores. Quien ha estado alguna vez bajo estos ojos, comprende que hay un solo camino.

Cuentan que en un principio era imposible dar con la ubicación del monasterio. Su seña particular era el constante cambio de coordenadas. Ahora se sabe por una bandada de palomas que amanecen bailando en la conciencia.

Una lámpara en la pared principal de la capilla
alumbra esta inscripción:

*Disponte a morir ahora
que en la muerte ya no es hora.**

*Citado por Azorín.

Del reflejo de sus llamas puede verse una paloma
que se desprende festiva de su fronda y se inmoviliza
en un sepulcro.

En las celdas, un mundo de flores canta en la memoria.
La oración es el silencio más cauto del postulante.

Cuando hay tormenta, el monasterio es apenas un viento que se mece en las canciones de los niños, en los hilos delgadísimos del sueño y en el despertar de la Flor de Lluvia. Tras la aparición de los primeros rayos del sol, se inunda el cielo de un concierto de rocíos que sueñan con el amanecer.

Desde entonces el agua roja del mar bajo la égida del misterio. El agua del alivio. La sed del unicornio, alegre y glauca, rebosante. El agua del ahogado. El hipogrifo inmerso en el agua encantada que suspira. El agua que abre cauce al canto de las sirenas. El curso de las aguas todas de los mundos: la pila del bautismo.

En la madrugada un monje se pregunta por aquella visión de la infancia.

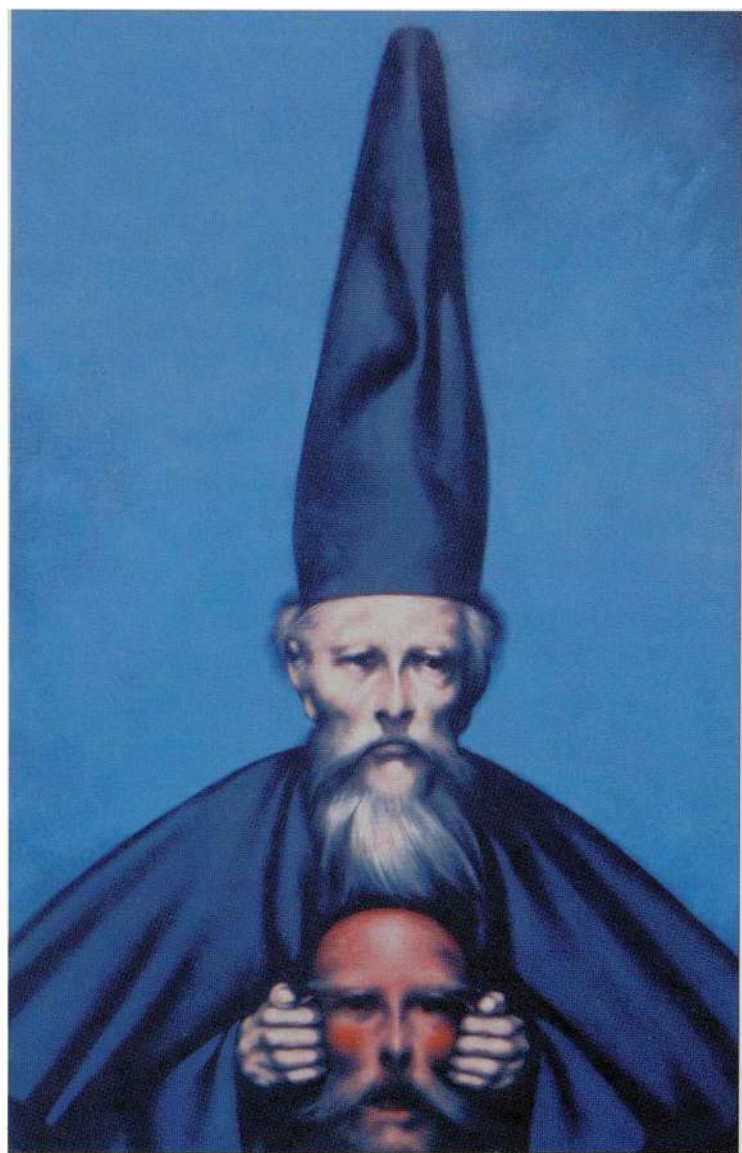
Cree recordar que despertó bajo la malla claroscuro del pabellón, aluzado por un brillo en la frente. Aunque no desdeña que pudo haber sido cuando se asomó por vez primera a un pozo, y en el sonido concéntrico formado por una caída de hojas, descubrió el nacimiento de una aparición. O cuando sintió el abrazo de un sueño obediente al llanto. O cuando supo que era él quien cantaba a medianoche acompañado por el alarido cómplice de una garganta oscura *de tanto hablar con Dios*.*

*Blanca Varela.

Trae consigo una serie de exclamaciones que deambulan, incontenibles, hasta el instante del cansancio.

Aun en la madrugada, cuando despierta sobresaltado por el frío de alfileres picándole las sienas, no puede evitar, una a una, las preguntas, ese arrojito hilarante de murmullos ininteligibles.

Tiene dos almas niñas, palpitando. Una lo encamina por un sendero de vientos que confirman la presencia inasible de alegrías, de resonancias que lo hacen sospechar un sol más deslumbrante. La otra, acaso tímida ante los arrebatos de su hermana, le cierra los ojos y le pide que mire «sin temor, las estrellas y los males tentadores de la pasión». Confundido, las abraza y ambas le regalan una flor que colocan en su mirada, que ha de durar más allá del tiempo de los vivos, sin que lleguen a conocer la marchita temporalidad de su especie. Absorto, repite hasta el delirio que el mundo es la festiva extensión de su descubrimiento.



Vislumbre



*Acaso el eco sea la comunión con la arena que
encuentra su verdor en la sed del agua bajo la
pregunta*

Como las cuerdas destempladas
de una veladora extinguiéndose sin nadie.
Como retratos invernando en recuerdos inventados.
Como el viento que vislumbra la revelación
de un alacrán caminando en el pecho.
Como el tiempo del delirio en un cuarto sin
escuchantes.
Como el imperio del agua en la nostalgia.
Como la cabeza enterrada en la palabra del mundo,
sigilosa.
Como el reloj inmóvil bajo la mirada vigilante de la
lechuza.
Como la trapa en sus labios, ya incandescencia
propia, ya qué altiva.

Árbol de claridad



*El árbol es la sed y su interrogante; también su
réplica*

El árbol existe desde siempre.
Para mirar el sol, miran sus ramas hacia adentro,
ensimismadas; para mirar el fango, eleva sus raíces
hasta formar un promontorio de celebraciones
arrancadas a la avaricia de los reflejos.
En su tronco convergen sonrisas, gestos abolidos
por un mundo más grande que sus intenciones.
Savia en la que habitan duendes enseñoreados por
el fuego. Pasos de viento, esos duendes.

El árbol sueña en los ojos del sueño.
No se alcanza a ver, se trasluce quizá
en el cristal borroso del recuerdo.
El sueño del árbol es un camino de estrellas.
El sueño de la estrella es una manzana
que es un árbol que se piensa.
Sombra de sueños y pensamientos, el árbol.

La piel del árbol es también el milagro de la creación.
(¡Qué ingenuo vaivén al solo roce de una caricia
imaginada!)
Murmullo esas ramificaciones.
Tan árbol el sueño.

*

Los ávidos caminantes solo existen bajo la fiesta
del árbol.

*

Un sórdido rumor para el mañana de los ojos que
no alcanzarán a ver la magia constructora del
asombro.

*

Todo árbol es sombra de la ausencia.

*

¿Acaso no es el árbol el último viaje hacia el vértigo?

*

Un rosario, una veladora y un collar en el suelo,
árbol, te miran ciegos.

Al temple de la aurora



*—Esas manos —dijo, que han de templarse en la
aurora*

—También en los nombres —respondió la voz

Nacieron para que todo polvo sea de nuevo el
petardo que anuncia los misterios de la resurrección.

Para él los objetos empiezan a existir desde el momento en que miran desde la inconsciencia, con un grito de auxilio entre los dientes.

Sus manos presiden el transcurrir de pasiones oscuras.

Los ojos del artesano miran con sus dedos: pálpitos del fango primordial en el asombro de las venas.

No podrían existir sin la respiración del cieno, de la corteza. Nacidos uno en el otro, emprenden juntos el acercamiento al fuego, al tallado que hará crecer al viento de la vida en el silencio.

El corazón del mar, la fiesta de alumbramientos y el sueño de los infantes: todo convive en la sangre creadora.

Danzantes, sus manos descansan en la piel de la flor, en las oraciones de los templos y en el crepúsculo incendiado de los días. Y amanece en el mundo una legión fulgurante de promesas en el amor cantante de milagros.

Las manos del artesano: abolición de la errancia, resurrección del vuelo de la mariposa. Molde, fulgor donde las ánimas ensayan sus dones. Esas manos, chasquido al contacto con el barro, redimen el inicial nombre de las cosas. La lluvia es la mirada de un cielo más enigma que sí mismo.

Declaración, I



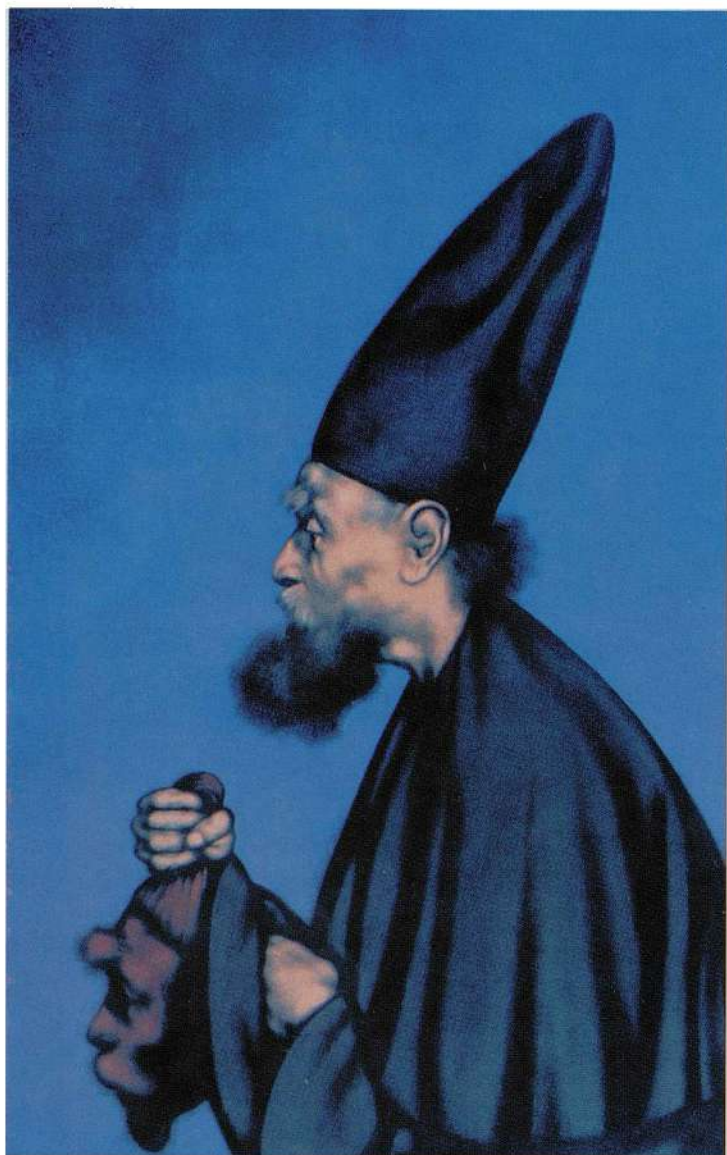
*Ca monje tanto quiere decir en griego como guardador de sí mismo, e en latín, uno, solo e triste; ca debe ser señoero, apartándose para rogar a Dios, e triste debe ser, callando, porque non yerre en hablar**

*Citado por Azorín.

Con el sabor a insomnio
entre los labios y con la terca
permanencia de oscuranas,
vengo hablando de Ti para olvidarte.

Para regresar, despierto
y alzo la voz y te canto:
para beberme el desierto
en la noche en la que el llanto
se vuelve —tenue concierto—
prolongación del espanto.

Ser olvido en esta vida
y memoria para la muerte:
ser la más profunda herida
celebrante de tal suerte
destinada a los rincones
oscuros de los panteones.



El adiós es el tiempo de las noches del insomnio.
El adiós es regreso; por el adiós el tiempo
conjura la mueca desquiciante, artera.

Por el regreso el tiempo es el adiós incendiado
en el hambre sin fin de la memoria negra y
aturdida. Es cansancio, derrota, desespero,

y una lenta prolongación de incertidumbres
en el abrir la vida, somnolienta, en el aire
castigo amaneciendo con sus venas hinchadas

de rencores, ausencias, de larguísimas noches
tan dolor de sí mismas, tan llenas de sí mismas
y tan vacías de sí mismas como el fantasma de

la luz escondido, pertrechado en la quimera
y a oscuras, vacilante. Mas qué largos entonces
los minutos y cuánta sangre y cuánta piel así,

como reflejo de auroras en el nombre ido,
como silencio y destello en los desvelos
y cuánto adiós y cuánto amor en la mañana

ardiendo, padeciente por el aura de ayer
vanagloriado, por el castigo de un hoy
en penitencia oscura, por el sueño y la vigilia,

por la nada que camina el vericuetto necio
con todos, de la mano, y con todos perdidos

en la tiniebla espesa y dolorosa de los
desencuentros. Aunque muy luego, en la oscurana,
se escuchen los cantos tenues de una infancia
que regresa a los mortuorios pasos del origen.

Fúnebre el tiempo de las noches
en la ceguera sin par de los olvidos.
Largo el silencio
cuando los pasos
obedecen sin remedio al silbo
de los vientos condenados al vacío.

Fantasmas como el amor



—Asumir las huellas de Dios como el hombre que celebra una palabra no dicha, un peligro y un silencio inmortal...

—¿Como una negación del reino ausente de nuestros reinos?

Detrás de las paredes de mi celda y en el fondo de los ojos de María, está mi padre.

Su muerte fue el aljibe que nos hizo sentir el golpe de su ausencia en la garganta.

Cuando mi padre habla, tiñe el mundo de sobresaltos y todo es júbilo y siempre amanece; cuando calla, la noche es letanía, desconsuelo. Cuando canta, florecen las oscuranas sembradas alrededor de su sepulcro.

Cuando María sueña, aparecen los pájaros
con la mirada del milagro entre sus venas.
Los caminos se dejan alargar por el viento
para cumplir una lenta prolongación
de amaneceres, hallazgos, repentinos
asombros, claridades en plena abolición
de oscuridades. Todo se inventa de nuevo
cuando María sueña, todo renace y canta,
todo vuelve al misterio, todo es gloria
de la creación que canta en silencio
para no lastimar su sueño redentor.

Cuando María despierta, encuentra un mundo renovado por su letargo. Sus ojos, resucitados, contemplan el asombro más puro de la luz, se vuelven música y cohetes y el día alumbra y la pasión es costumbre, desvarío y la quimera acaso solo un adiós mal nacido, una negrura que murió en su intento, un vano soliloquio al que nadie asunta. Cuando María despierta se encuentran ya dispuestos los pájaros de su sueño y el aire de la fiesta en los caminos que conducen, jubilosos, a la primera de las noches.

Si María reza en el cabo de año de mi padre, un tiempo de oro convoca el instante redentor de los milagros. Los ángeles abandonan su cautiverio, la lluvia violenta se vuelve aire delgado y amanece. El canto de Dios es el preludio de la oración. Y María lleva el alma entre sus manos, como quien lleva la copa de las celebraciones: la ofrece al sol, la remoja en la fuente del crepúsculo y todo es un larguísimo camino de sonrisas.

Tiene María un espejo del tamaño de una madrugada en vela. En él se reflejan cementerios y jardines donde la memoria apacienta sus mañanas.

También es habitado por locos que se babean con una oración oculta entre sus ansias.

Es la danza de los años, la sangre del pájaro que descansa sus aleteos en la distancia.

Apenas un punto pudiera ser si no alentara sus colores en los ojos de María.

Congrega en sus manos palabras inservibles, sueños, premoniciones y silencios tan profundos como la ausencia. Los disuelve en un balde con agua, con la que se lavaron durante tres días las muchachas que traen una flor en su mirada, y hace la noche. Para hacer el día, riega el agua en cruz frente a la casa y repite hasta el cansancio, voz adentro, la gracia de las bienaventuranzas.

María une su corazón al mío para dormir en la tumba
de mi padre.

Inscripciones



Palabras asediadas por el vacío del desamparo

*

Nadie, más que tú, crecerá con la palabra.

*

El monasterio está lejos de ti, como la sangre que alumbra tus impulsos.

*

Mañana hostigarás al viento que no recuerde tu adhesión a las circunstancias. El rayo que te olvide será el germen de la pregunta.

*

¿Regreso de la pregunta? La sal de la conversión a medianoche, el cansancio del espíritu y las voces nuevas a tu alrededor, han de ser acaso unas de las primeras interrogantes. Con la última llegará el olvido.

*

Recordarás el instante cuando entraste a la celda, el silencio del hospedero y tu mirada hacia el ayer.

*

Los sueños rotos y la vigilia: el aceite de la lámpara
y el silencio impenetrable de la evidencia.

*

¿Quién vio por primera vez la herida? Antes del
vacío, el secreto indigno del murmullo, la
descendencia al margen y la frágil ausencia de la
verdad.

*

En el polvo renacen las quimeras.

*

Escribir en la arena el rostro de la ceniza, en el
cristal que evoca la palabra del mar, obstinada y
muda.

*

El muro es una tinta extraña.

*

El destino no es el vocablo que abre las puertas,
sino el gozne chirriante de una morada invisible.

*

La estrella está en nosotros como la soledad en los ojos del prójimo que somos.

*

Una lágrima en el cielo y un deseo que ignora su fin.

*

Hay una palabra para la desesperanza, unos labios que no se atreven a nombrarla.

*

En la memoria hay siempre un visitante.

*

La trampa de la conversión no es su mentira, sino el principio de la verdad.

*

Sin mentiras no se llega al vacío de la verdad.

*

¿La búsqueda? Su propio aliento.

*

Enterrados en el horizonte, los impulsos son el ojo del abismo.

*

El tiempo es la fiesta impensada del sinsentido.

*

Hay un principio que asimila el orden; otro, víctima de la confrontación.

*

El viento tiene su origen en el pensamiento que arriba al claustro antes de la necesidad.

*

La eternidad de Dios es el silencio.

*

¿Un instante? El oído suplicante de la arrogancia. Todo transcurre en la continuidad: el mismo instante descubre la revelación de su existencia en la negación.

*

Colocamos nuestra esperanza en el estanque donde
las palabras recuerdan su inocencia.

*

La sombra del tiempo es el infinito vacío del
pensamiento.

*

Entre la lluvia y la noche, tu palabra.

*

¿Quién desconoce el diálogo de los ojos abiertos?

*

La piedra sostiene al diálogo.

*

El dolor es la serpiente del dolor.

*

¿Siempre se ausenta la palabra?

*

El cielo asombra. Es su tarea.

*

Un pájaro es una suma de interrogantes.

*

El silencio acecha: otra bienaventuranza.

*

No siempre la lluvia es el llanto de los ángeles. A veces es la ventana que anuncia una apertura al pasado.

*

La gracia del silencio.

*

El día es el ojo de la noche cuando alcanza a mirar hacia sus adentros.

*

Un estanque la tarde donde alivia su sed el mediodía:

aljibe que se entrega a los seres de la noche. Y es
recomienzo y fin y algarabía de palomas en el vuelo
danzante del crepúsculo.

*

Para el comienzo se abre la noche como el grito de
la yugular abierta por el hacha; como el llanto de la
recién parida con la muerte entre sus labios.

Declaración, II



—Hay un silencio...

—Estas son las palabras que no dije

En el día
pavonea sus dones una palabra incendiada en el
silencio,
una tinta de ayer
más refulgente que el sino interrumpido del
recuerdo.
Alrededor de una lámpara de aceite consumido
por la impotencia, una patada al aire,
un abrazo a los instantes de la mirada vigilante y de
quién,
y hacia dónde los meses que repiten incesantes la
pregunta de ayer
que ahora es otra manera alebrestada de conjurar
acaso instantes desapercibidos en el desgaste
abrumador de un incienso velando sus aromas.
Todo transcurre en las márgenes silentes de la retina,
porque una voz infantil pregunta qué es antes y
qué después.

Una sombra bajo el equilibrio de una partícula
que purifica la ceniza perseguida y acechante.
Un miedo en la conspiración del horóscopo,
en la astilla redentora, en la respiración
y en el visible cansancio de los días.
Una palabra, una constelación y una ofrenda
arrastran hasta nosotros la memoria del olvido.
La herida de una página es el vaivén exaltado
de una adivinación mar adentro, de una fantasía
que encuentra en las palabras de las piedras
la apacible reverberación de un sepulcro
y la mano empolvada que renace de un encierro
luminoso.



ÍNDICE

- Prólogo, 5
Atrio, 11
Memoria del retablo, 15
Vislumbre, 37
Árbol de claridad, 41
Al templo de la aurora, 49
Declaración, I, 57
Latidos, 63
Fantasmas como el amor, 73
Inscripciones, 85
Declaración, II, 95

Colofón

Maitines

de Francisco Magaña
fue impreso en abril de 2000
en los talleres de Accucolor
La Paz 2077-A, colonia Americana
Guadalajara, Jalisco.

Tiraje: 1000 ejemplares.

Cuidaron la edición:

Luis Armenta Malpica, Miguel García Ascencio
y el autor.



Francisco Magaña (Paraíso, Tabasco, 1961) ha sido tutor del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco, becario del mismo y, en tres ocasiones, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Miembro fundador y editor de Ediciones Monte Carmelo. Recibió el premio nacional «Tierra de Imágenes», el premio literario «José Gorostiza», los

XXXII juegos florales nacionales de Ciudad del Carmen, Campeche, el premio de poesía «Carlos Pellicer» para obra publicada y, con este poemario, el premio Tabasco de poesía «José Carlos Becerra». Es autor de *Cuerpo en ausencia* (Universidad Veracruzana), *Comunión de sueños* (Instituto de Cultura de Tabasco), *Penitencia del mar* (Tierra Adentro), *Calendas, la mirada* (UNAM), *Las memorias de agosto* (Casa de la cultura de Ciudad del Carmen), *Habitar donde fantasmas* (UAM), *Ayer* (Ediciones Monte Carmelo), *Antorchas* (Verdehalago) y de un ensayo acerca de Carlos Pellicer en *Los Frutos de la voz*;

Maitines, de Francisco Magaña, tiene la fe inequívoca de quien vuelve al día a compartir su canto, la voluntad de conquista interior que el poeta asume su oficio y se adentra en la condición humana; en el caso de Magaña, rica en búsqueda, vasta en reflexión y sumamente ligada al espíritu. Su experiencia monacal, desde poemas anteriores a este libro, habla de la búsqueda de lo divino, y, en este transcurrir, de sus revelaciones e interrogantes; de la conformación del ser. También por sangre y fuego sabe Francisco Magaña de la existencia, de la memoria y su retablo.

Luis Alfonso S. Higuera

